

## Notas bibliográficas

*Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*; de François Hartog, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999 (1996, Gallimard).

Esta primera traducción al español de la obra que François Hartog escribiera a mediados de los 90, incorpora a los lectores de este idioma a una condición que es también el pasaporte para la reflexión de este texto: viajeros. Este libro habla de viajeros en la antigua Grecia; viaja a través de la historiografía, privilegia el ojo capaz de ver como forma de conocimiento, y convierte a aquellos que siguen el periplo discursivo en viajeros ocasionales de esos puntos de referencia que indican el movimiento de una historia de la alteridad griega.

Hartog fija los parámetros temporales de esta operación cultural, de esta relación entre la cuestión de los griegos y los otros en el momento particular y el movimiento singular que fue la constitución de la *polis*, leída ésta en clave de paso de la heteronomía —la ley que proviene de otra parte— a la autonomía, o sea cuando una sociedad se reconoce explícitamente como fuente de la ley. Si tenemos en cuenta que el fenómeno *polis* es de difícil datación por su fuerte contenido modélico, puede servirnos de acercamiento temporal la elección como hilo conductor del segundo poema homérico —*La Odisea*— que reúne aproximadamente entre los siglos VIII<sup>a</sup> y VII<sup>a</sup> a.c., tradiciones, ambientes y valores transmitidos por la oralidad desde mucho tiempo atrás.

En esta idea de itinerancia hasta el límite de los límites, hasta el borde de la identidad, Ulises —el héroe homérico de *La Odisea*— es el pionero de todas las miradas y relatos —reales o ficticios— que lo seguirán. Hartog recorre tras sus huellas los mecanismos de búsqueda y construcción de la identidad griega. Una identidad que se define diciendo al otro en griego, dándole lugar en el relato, clasificando y describiéndolo como posibilidad para que los griegos puedan pensarse, interrogarse, afirmarse y darse el papel más destacado. Apelando al concepto de Levi Strauss,<sup>(1)</sup> el autor plantea la identidad como una especie de hogar virtual, sin existencia real pero al que es indispensable referirse para expresar qué se es. A partir del problema propuesto por Hartog para encontrar los perímetros donde empieza y termina lo griego, es que el *viaje* cobra importancia, no en su materialidad sino como operador discursivo y esquema narrativo. El trayecto de Ulises bajo la mirada de Hartog, no deviene mapa sino itinerario en el cual se entrecruzan y superponen lugares, miradas, momentos, referentes de lo distinto, otros absolutos de la humanidad que los nombra. Esta antropología homérica exhaustiva en catalogar la alteridad "corriente" según un criterio geográfico —el *extranjero* del exterior, ajeno a la comunidad; y el del interior, esclavo o ilota— reconoce un criterio cuantitativo para diseñar el otro no humano. Dioses y semidioses son más que humanos, mientras que monstruos y animales no alcanzan aquellas cualidades propias del hombre homérico: ser mortal, comedor de pan, respetuoso del sacrificio a los dioses y de la ley del incesto. Esta es la frontera, el espacio practicado,<sup>(2)</sup> esa orilla de entredós que explora, experimenta y prueba el viajero, convirtiéndose él mismo en puesto fronterizo móvil, huésped y extranjero en todas partes, aquél que conoció el *afuera* y lo hace inteligible para los de *adentro*; aquél que traduce y domestica la alteridad.

El dispositivo intelectual fabricado por Hartog intenta a partir de Ulises descubrir una fisiología de la identidad, del viaje interminable de la cultura hacia sí misma, incertidumbre que sólo se resuelve en el borde de la diferencia a riesgo de perderse totalmente en ella, pero siempre obligada a volver a partir. El viajero —género que expresa a los operadores intelectuales que ponen en circulación categorías antropológicas y culturales dinámicas— es la antítesis del navegante, o sea aquél que se hunde en lo desconocido para encontrar lo nuevo. La aventura de Ulises por el mundo no fue más que un accidentado retorno a su isla natal; viajero a pesar de sí mismo no está en busca de ningún absoluto y ni siquiera siente curiosidad por el mundo. Ulises no piensa más que en reencontrar lo familiar. La idea de *regreso* es la que genera esas acciones de amojonamiento y límite y que se despliega generosa y metodológicamente en el capítulo I.

Allí el autor articula la fundamentación conceptual de sus herramientas de estudio —los viajes— con los elementos principales de la epopeya inaugural que le servirá de guía. Hartog plantea: “¿Se puede separar viaje y regreso? Un viaje sin retorno, ¿seguiría siendo un viaje?” y justifica sus fuentes, los relatos, como una de las leyes de organización del mismo viaje. La marca de la escritura supera el instante y tiende hacia el futuro; excede el mero placer de ver y habilita un después donde el viajero puede observarse viendo, memorizando sobre papel lo que hay, para reeditar el placer de volver a ver.

El regreso es la condición de historicidad que, extendida en un espacio heterogéneo y no delimitado, incorpora a Ulises en el “tiempo de los hombres”, mientras que Aquiles —héroe por excelencia desde *La Iliada*— privado de regreso acepta morir y conquista la inmortalidad.

Con este diseño de argumentación, Hartog desarrolla un atractivo paralelo de contraste entre casos de viajes sin retorno: los exilios. Eneas y Moisés son equiparados desde *La Eneida* de Virgilio y el libro bíblico del *Éxodo*, al Ulises de Homero por construir un esquema espacial que soluciona la cuestión de perecer o huir. Se huye para que Troya/Israel no perezca; se sale para entrar en una nueva tierra; no es un mero viaje de regreso, es una vuelta hacia el futuro. En *La Eneida*, Virgilio transforma el vagabundeo en un retorno a la desconocida tierra de los orígenes. La fundación de Roma es refundación, repetición, pero al mismo tiempo, completamente inédita. Troya *vuelve* donde nunca estuvo y donde está, sin embargo, desde siempre y para siempre.

La huida de Egipto liderada por Moisés está tensionada por la promesa del Canaán. Israel debe recordar siempre a Egipto para no *volver* al tiempo de la opresión, no como un retorno efectivo, sino como riesgo de recrearlo en sí misma. El antídoto para eso es la memoria, y por ende el relato del *éxodo*.

Otro momento conceptual fuerte de *Memoria de Ulises* es el capítulo III en donde Hartog historiza el armazón intelectual y el proceso de las nociones antropológicas y culturales que pusieron a la alteridad bajo la categoría de *bárbaro*. Tomando momentos paradigmáticos de la historia griega como las guerras médicas y las del Peloponeso, y con un importante andamiaje documental con Heródoto y Tucídides en la base, Hartog reconstruye el contenido semántico del par antitético y asimétrico *griego/bárbaro*, oposición que con diversa carga de significado, en distintas circunstancias, sigue sirviendo a los griegos para definir quiénes no son, y por lo tanto, quiénes son.

La dimensión política clásica del siglo V<sup>o</sup> a.c. se infiltra también en los criterios de identidad. El despotismo de las monarquías orientales es la alteridad radical frente a la isonomía de las poleis griegas. El persa enemigo del primer tercio del siglo V<sup>o</sup> a.c., es el rostro del antónimo. Las guerras médicas territorializan al bárbaro en el Asia y le asignan el

contravalor decisivo de vivir sometido a reyes, de ignorar la libertad de la política. En el juego de diadas tales como ciudad/asamblea, mundo bárbaro/rey, aparece como epifenómeno de intersección el tirano. Rastreando la obra de Heródoto, Hartog construye el silogismo con que los griegos justifican las alteraciones históricas de la isonomía: el rey es bárbaro, el tirano es rey, por lo tanto el tirano es bárbaro. Vencer al rey o al tirano es una declaración de principios en tanto identidad política, es socializar el poder poniéndolo en el centro como propiedad de los *iguales*. Es reemplazar palacio por ágora, secretos por debate público y asegurar la libertad de expresión y el reinado del *nomos*, la ley para todos. La postulación de la isonomía como elemento identitario gesta un espacio geométrico circular, centrado, organizado por nociones de simetría, paridad y reversibilidad que además de proporcionar un modelo para pensar el mundo y para circunscribir el espacio público del *demós*, sirve como opuesto a la transgresión típicamente bárbara de leyes, costumbres y espacios.

La frontera política deberá estrecharse frente a la conflictividad creciente entre las distintas poleis del mundo griego, manifiesta en las guerras del Peloponeso, donde luego de la de Atenas, sucesivas hegemonías probaron con escaso éxito instalarse. Basado en Tucídides, Hartog concluye que las desventuras de la guerra hacen tomar conciencia de que también la ciudad es mortal. Paradójicamente ajusticiada por la monarquía macedónica de Filipo II, el par griego/bárbaro deberá redefinirse para poder seguir siendo operativo en la clasificación y distinción. La arista política se hace más permeable y en cambio encuentra nitidez el aspecto cultural. Durante los siglos IV<sup>a</sup> y III<sup>a</sup> a.c. la grecidad puede adquirirse; es una cuestión de educación, para lo cual hay maestros. Hartog recorre los principales escritos de la época —Aristóteles, Isócrates, Demóstenes, Jenofonte— para desentrañar la lógica que sustenta la promoción como modelo del mismo elemento que un siglo antes servía de contraste. El rey ya no aparece como el negador radical de los valores de la polis sino como aquél que, por su misma exterioridad, puede poner fin a la *stasis* que mina y paraliza la comunidad. La rehabilitación y progreso de la idea monárquica reduce la distancia política entre griegos y bárbaros y conlleva una operación de legitimación que los intelectuales presentarán como las “sabidurías bárbaras”.

El modelo geométrico es reemplazado por aquél que valoriza los confines contra el centro y los géneros de vida primitiva contra la civilización, o sea, una teoría de la cultura que se orienta a dar prioridad a los bárbaros. El mundo dejará de verse desde Atenas para mirarse desde Alejandría, por supuesto antes que le toque a Roma.

Este es el esquema macro que estructura el texto de Hartog y al que he querido llegar alterando intencionalmente el orden de reseña de los capítulos: un desarrollo histórico-conceptual preponderante en los capítulos I, “El regreso de Ulises”, y III, “Invención del bárbaro e inventario del mundo”; y un trabajo heurístico enlazado por el criterio geográfico, en los capítulos II, “Viajes por Egipto”, IV, “Viajes por Grecia”, y V, “Viajes por Roma”. Es decir, en los apartados de los viajes, el eje temporal se transgrede vertiginosamente y muchas veces, sin referencias históricas de contexto, metodología propia de los abordajes de larga duración que demandan del lector mayor capacidad de abstraer procesos y enriquecimiento factográfico previo.

Por ejemplo, en el capítulo de los “Viajes por Egipto”, Hartog plantea modélicamente las transformaciones en la relación entre Egipto y Grecia, conceptualizando al primero como un espacio preferencial dentro del imaginario griego asociado al pasado, a los orígenes, a la memoria, que pone en funcionamiento empeños de encuentro y recuperación. A partir de ésto, intenta trazar el movimiento de las visiones griegas de Egipto que se

construyen desde Homero (siglo VIII<sup>o</sup> a.c.) hasta los filósofos neoplatónicos (siglo III<sup>o</sup>). El objetivo no apunta a comprobar el grado de realidad o veracidad de las miradas de los intelectuales griegos sobre ese país, sino a decodificar y hacer inteligibles las lógicas que, en el interior mismo de la cultura griega, las organizan y les dan sentido.

El capítulo de los "Viajes por Grecia" examina algunas miradas que los griegos dirigieron a sí mismos especialmente a través de relatos de viajeros como Anacarsis, Pausanias, Plutarco y Alejandro, más algunos viajeros modernos y lectores de antiguos viajes. Siempre en el planteo de larga duración, el texto de Hartog se detiene en determinados momentos de inflexión o inversión hasta los que llegan esas señales de una identidad griega para desplazarse, reformarse y reformular sus fronteras. A manera de cita, el capítulo presenta de manera narrativamente llamativa el desarrollo de cómo se desestabilizan las grandes divisiones fundadoras —hombre, animal, dios— y de algunas estrategias puestas en práctica para generar distancia o reducirla, por ejemplo: la construcción de la figura del *patán* dentro de la ciudad.

Los "Viajes por Roma" constituyen el apartado más voluminoso de la obra dedicado a explorar las argumentaciones con que griegos como Polibio, Dionisio de Halicarnaso, Estrabón o Elio Arístides —llegados a Roma en circunstancias y momentos distintos— intentan mantener vivo aquel origen de lo griego ante un estado de cosas y un mundo irremediamente distintos.

A este mundo nuevo, Hartog hace corresponder la historia nueva de Polibio: un nuevo espacio, una nueva temporalidad que fecundan un nuevo régimen de historicidad. La *Historia Universal* de este griego llegado a Roma como esclavo, latiniza la lengua y romaniza el pensamiento; genera un *nosotros* que lo incluye y por el que puede hablar. El romano nada tiene que ver con el bárbaro pues en la argumentación de Polibio la superioridad del régimen político que permitió a Roma poner bajo su autoridad en menos de 53 años a casi todo el mundo habitado, se debe al éxito de su sistema de constitución. "¿Cómo podía tenerse aún por bárbaros a los romanos, cuando prevalecían justamente por aquello que los griegos siempre pusieron en el fundamento mismo de la vida civilizada: la vida en la ciudad y lo que constituye algo así como su armazón, la *politeia*?" No es un retorno a la frontera política —inclusiva en este caso—; la matriz cultural participa del sincretismo de Polibio a través de la geografía como ciencia griega. Homero ya sabía: los romanos conquistaron el mundo pero los griegos lo conocieron y mucho antes que los romanos soñaran siquiera con conquistarlo.

La explicación de Dionisio de Halicarnaso es diametralmente diferente desde sus nociones hasta su estilo y finalidad. Llegado a Roma en época de Augusto, Dionisio postula en las *Antigüedades Romanas* que los romanos son auténticos griegos, desde siempre y antes de ser Roma, por lo tanto, no son ni fueron bárbaros. En este esquema de historia pragmática cuya austeridad garantiza la utilidad para el hombre político, los griegos quedan ubicados como antecesores del imperio y la dominación de Roma.

Estrabón, en cambio, llega a Roma durante el reinado de Tiberio. Bien relacionado con el poder, propone conjugar lo particular y lo general de Polibio en un *Cuadro Geográfico* del mundo habitado; geografía política de un universo abierto gracias al establecimiento de vínculos comerciales con el oriente hindú, y cerrado debido a la paz romana. Hartog destaca de la obra de Estrabón la recuperación del concepto de *autarquía*, eje en la definición de la ciudad clásica de Aristóteles, ahora aplicado al espacio europeo como territorio de una sola ciudad autosuficiente.

Esta aplicación es cuestionada un siglo más tarde por el sofista Elio Aristides en su *Discurso sobre Roma*. Sugerir que el imperio es una ciudad —con Roma como ágora y acrópolis— equivale a vaciar de contenido la noción de *polis*. Hartog reflexiona sobre el texto de este viajero planteando la hipótesis de que esta argumentación discursiva tiende a ocultar la realidad del régimen imperial y expresaría la imposibilidad, compartida por griegos y romanos, de concebir un mundo que ya no tenga a la polis como horizonte y eje de identidad. Con los elementos que le proporcionan Ovidio, Virgilio, Plutarco y el propio Aristides, el autor concluye que los romanos efectivizaron el texto homérico haciendo “la tierra común a todos”, consumando la historia en la aceptación de un destino de ejercicio de la dominación, de imposición del *orden*, de cumplimiento de la soberanía del reino de Zeus. Con este razonamiento el periplo de Ulises estaría realmente terminado. “Los amos del mundo no necesitan más viajeros y geógrafos porque ellos mismos se convirtieron en geógrafos universales de hecho y no en palabras”.

Coherente con la metodología de buscar tras las miradas particulares de diferentes viajeros las fronteras de la identidad griega en sus trazos más continuos, sinuosidades y alternancias entre fondo y figura, Hartog cierra su libro con dos personajes conjugados en un efecto de transparencias. En esta perspectiva, pone al frente la figura de Apolonio de Tiana como subversión total de la operación homérica. Conocido recién en el siglo III<sup>o</sup> de nuestra era a través de su biógrafo Filostrato, Apolonio viaja sin deseo de regreso. No hace falta volver porque “Grecia está por doquier”. El helenismo extendido ha quitado preponderancia a los confines y generado un espacio excéntrico en el que el viajero es inalienablemente libre, aprende, pero sobre todo exporta su saber aconsejando con autoridad a los príncipes y declarando con esta atribución la preeminencia de la sabiduría sobre la realeza. En esta congruencia del mapa homérico con el mundo romano, Roma no interviene más que como centro de la tiranía. Viajar a ella es un acto de resistencia.

La impresión de familiaridad impuesta por lo que está en todas partes, promueve una situación de panoptismo griego sobre la biblioteca ideal de los grandes viajeros. La memoria, en este caso, libera a Apolonio del tiempo porque ya no existe tensión hacia ningún reencuentro, porque la continuidad perfecta entre los relatos de otros viajes crea un tiempo inmóvil, suprimido por el acto de recordar la Grecia de siempre, tal como sí misma.

Y Pitágoras era el maestro de Apolonio. El nombre que legitima y reasegura la *sophía* griega, el que actúa como punto de referencia y anclaje. Como una inasible estructura en abismo, Pitágoras representa un signo multívoco e inclasificable que muestra cómo los griegos conjugaron identidad y alteridad eligiendo a ciertas figuras a las que reconocieron esa capacidad. Su manera de ser inmortal es encerrar en la memoria el recuerdo de todas sus existencias anteriores: ya desde la guerra de Troya y previamente, él mismo y sin embargo otro, antes que su nombre sea transmitido, retomado, reinvestido como hace Apolonio. Su destino, su razón de ser y sobrevivir es nada más que su identidad. “[Pitágoras] es una de las figuras a través de las cuales la cultura griega expresó el lugar que hacía al otro. Vale decir, un dispositivo en el que se combinan apertura y control, inquietud y seguridad, reconocimiento y desconocimiento, traducción y traición, y que, para empezar, se apoya en el filtro y la garantía de hablar en griego”.

En el vertiginoso juego de cajas chinas propuesto por Hartog todos los elementos que asignábamos al fondo se impulsan al primer plano para abrir —en el final de este libro— dos interrogantes. ¿Existió alguna vez un saber semejante que conjugara de manera tan compacta identidad y alteridad como fórmula de rehelenización? Cuestionamiento de la historicidad de esta representación y cuestionamiento semiótico se despliegan en el último espiral

argumentativo de Hartog para dejar al lector ante una cornisa de reflexión. Estar *por doquier*, ¿no es acaso también no estar en ninguna parte?

Sandra Komar

## NOTAS

(1) C. Levi Strauss, *La identidad*, Barcelona, Petrel, 1981.

(2) Hartog toma el concepto de frontera de M. De Certeau, *La invención de lo cotidiano*, París, Gallimard, 1990.

***Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires, 1852-1886*, de Ricardo González Leandri, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1999.**

Esta obra es el fruto del trabajo de tesis doctoral de Ricardo González Leandri en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense. Su objetivo central es el análisis de la constitución de un campo médico profesionalizado en Buenos Aires entre 1852 y 1886, tomando este año como fecha límite por la promulgación de la Ley Universitaria que reglamentó en muchos aspectos la vida de un conjunto de profesiones en la República Argentina.

A partir de una definición sobre el aspecto eminentemente político de la historia del cuerpo médico bonaerense, el autor centra su trabajo en evidenciar los procesos en pugna, existentes en todo campo por la obtención de la hegemonía, expresada en este caso concreto en el monopolio legítimo del arte de curar.

Monopolio construido desde dos instancias las cuales no pueden ser analizadas por separado: una búsqueda de prestigio y reconocimiento social, acompañada a su vez, por procesos de "clausura social" que abarcan desde aspectos legales hasta otros sumamente informales, posibilitados por el acceso de la elite de profesionales a sectores de poder entre los que juega un rol protagónico la Universidad.

Con la finalidad de poder desentrañar estos procesos, el libro se estructura en cinco capítulos en los cuales se desarrollan: el enfrentamiento que sostiene el cuerpo médico de elite —organizado a partir de la Facultad de Medicina— con quienes ejercen actividades curativas; su relación con las instituciones gubernamentales locales; la creación de la Academia de Medicina; la confrontación con otras profesiones relacionadas con el arte de curar; las disidencias al interior del campo profesional por la hegemonización de éste por quienes están relacionados con la Academia de Medicina.

¿Por qué el autor desarrolla estas relaciones que en la mayoría de las ocasiones se presentan como conflictivas? La respuesta la obtendremos si nos detenemos a analizar el punto de partida de esta obra: el Censo Nacional de 1869, que constata la existencia de 1047 curánderos y sólo 453 médicos diplomados. En función de esto, la tarea principal del momento va a constituir la elaboración de medidas que tiendan a la definición y disciplinamiento del propio campo por parte de la elite; homogeneidad que van a intentar lograr a

partir de mecanismos simbólicos (ej. juramento en latín) y legales. Esto va a dar lugar al desencadenamiento de numerosos conflictos con quienes son considerados los "otros" en el arte de curar. En primer lugar, los "jóvenes médicos" quienes no tenían acceso a puestos de rango en ninguna institución y no habían logrado hacer fortuna con su profesión, e impugnaban sistemáticamente las prácticas de la denominada elite. Junto a ellos, los médicos "extranjeros" que comenzaron a ser vistos como una amenaza no sólo a partir de los procesos de inmigración sino también por la necesidad de prestigiar la medicina autóctona, de ahí la obligación que tuvieron de rendir exámenes de reválida. A éstos se les suman los médicos homeópatas, los cuales cuestionaban las tácticas credencialistas de la profesión y por esta razón vieron negada toda posibilidad de acceso a espacios institucionales y reconocimiento de su práctica como legítima. Tampoco deben dejarse de lado, los farmacéuticos quienes fueron vistos como un sector privilegiado que debía ser subordinado para pasar a formar parte de una corporación auxiliar y sometida a un permanente control. Por último, un sector al cual no debe restársele importancia ya que las cifras de la época demuestran su inserción como sector preponderante en el arte de curar: los curanderos/as. Pero que no sólo deben ser rescatados desde el aspecto cuantitativo y como sector que compete con los profesionales de la medicina, sino como plantea Leandri, "(...) podría inferirse que las frecuentes invocaciones a los curanderos y curanderas fue una de las maneras adoptadas por el cuerpo médico para ir definiendo, a partir de sus bordes, su propia imagen profesional". (pág. 54)

Por lo tanto, el panorama presentado permite definir un proceso de constitución del campo profesionalizado de la medicina, donde las luchas por la hegemonía dieron lugar a una gran proliferación de conflictos en los cuales la elite de médicos diplomados trató de imponerse a partir del establecimiento de vínculos con las instancias de gobierno, principalmente locales. Pero esta relación con organismos gubernamentales tampoco se presenta de forma armónica, sino que está atravesada por tensiones propias de un Estado Nacional en constitución y de una profesión que sigue el mismo proceso. Por lo tanto, la trama se entretreje a partir de los intereses propios de estos dos sectores los cuales se conjugan y entrecruzan. El objetivo de esta ligazón con la estructura gubernamental, era lograr no sólo protección sino también la legislación que los amparase y reconociese como los legítimos y únicos detentores del monopolio de curar. A partir de la regulación legal se consolida el proceso de "clausura social", el cual se ve reforzado por mecanismos informales de exclusión, pero no por eso menos eficaces, como por ejemplo la creación de un corpus de doctrina, el establecimiento de escalafones y formas de reclutamiento específicas de la profesión.

Para poder llevar adelante su proyecto y ser reconocidos socialmente, esta elite de médicos se asienta sobre un conjunto de instituciones, entre las cuales es necesario destacar la Facultad de Medicina y la Academia de Medicina. La importancia que tienen socialmente dichas instituciones les permite ejercer el "monopolio cognitivo".

Tal cual lo señalado anteriormente, el proceso de construcción de hegemonía en un campo no se lleva adelante sin contradicciones y luchas, y es aquí donde resulta importante rescatar a los actores sociales que desarrollaron estrategias alternativas y/o impugnadoras a éste. En este caso, los médicos jóvenes, definieron un perfil propio a partir del llamado a la solidaridad, el asociacionismo, y a la impugnación de reglamentaciones fijadas en las instituciones médicas. Numerosos conflictos protagonizados por este sector se ven plasmados en la prensa de la época.

Es así como, ante un grupo que detenta el monopolio de cargos y honores, se comienza a configurar otro que se resiste a ser subordinado pero no logra plasmar una alternativa con posibilidades de competir con la existente. La falta de medios económicos, por un lado, y un horizonte de expectativas que comparten la mayoría de los profesionales de la medicina: el acceso a la Facultad o Academia —instituciones que no sólo se mostraban como prestigiosas sino que también eran subvencionadas por el Estado— constituyen las razones fundamentales de esta imposibilidad.

Tras el desarrollo de la historia de la constitución de la profesión médica en Buenos Aires, González Leandri llega a la conclusión que esta profesión asentada sobre "este nuevo ideal profesional que combinaba liberalismo y afán jerárquico, lo nuevo y lo viejo, articulaba en sus distintos niveles la ideología de unas elites sociales dominantes y ciertas prácticas y necesidades específicas de las distintas instituciones y colectivos médicos diplomados..." (págs. 232-233)

Para llevar adelante su obra, el autor se apoya en un profundo y muy valioso trabajo de erudición histórica, donde el eje está puesto en los agentes y las estrategias que desarrollaron en la constitución del campo de profesionales de la medicina. La minuciosidad del relato construido da cuenta de un estudio con una diversidad de fuentes históricas (revistas, prensa, archivos de la Facultad de Medicina), las cuales analizadas desde múltiples perspectivas y conjugadas con el aporte de una amplia bibliografía, dan lugar a una trama que permite dar cuenta del proceso.

Si bien el autor nos adelanta su opción por la elaboración de un trabajo basado en una exposición de tipo narrativa, de la cual remarca sus potencialidades teóricas y explicativas, esta metodología tiene una contracara menos positiva porque los objetivos principales se van diluyendo o quedan soslayados en ciertos capítulos por las descripciones de las historias particulares de los agentes y su protagonismo en los procesos sociales.

Pero esto último es sólo una nota al margen de un gran trabajo que viene a enriquecer el conocimiento sobre aspectos poco estudiados por nuestra disciplina pero indudablemente importantes, como son las construcciones históricas de las profesiones desde la mirada del ejercicio del poder. De ahí la originalidad de este libro, que apuntalado por una destacada investigación en archivos y bibliografía, logra plantearse y plantearnos nuevas formas de abordar y conocer nuestro pasado y nuestro presente.

**Verónica Inés Gendelman**

*Liberalismo, Estado y Orden burgués (1852-1880)*; de Marta Bonaudo (directora), *Nueva Historia Argentina*, tomo 4, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

En los últimos años se ha producido una renovación en la producción de historias generales de la Argentina, logrando instalarse como propuesta para un público no exclusivamente académico a través de diversos formatos editoriales, y especialmente como colecciones que reúnen en varios tomos a historiadores profesionales que se reconocen en diferentes tradiciones de la disciplina. Como parte de este fenómeno, la obra que nos convoca se presenta como el cuarto tomo de la *Nueva Historia Argentina*, que bajo la coordinación

general de Juan Suriano la editorial Sudamericana ha puesto a disposición del público desde el año anterior.

Este volumen se ocupa del período comprendido entre la caída del sistema rosista y la definición del orden estatal que coincide con el ascenso de Roca a la presidencia de la República en 1880. "¿Qué representaron esos *treinta difíciles años* en el proceso de construcción de un nuevo orden para la nación bajo la impronta liberal? ¿Cuáles fueron sus logros, cuáles sus bloqueos, sus límites?", son los interrogantes que plantea Bonaudo en el prólogo, para ordenar como respuestas posibles a los distintos capítulos que componen la obra. Tres son los objetivos perseguidos en el proceso de *ingeniería social* que se lleva a cabo entre 1852 y 1880: *sentar las bases de un orden burgués*, en el que el liberalismo dé contenido al progreso, paso a paso a la conformación del mercado; *construir un sistema de representación política unificado*, tensionado por los principios de legitimidad y de legalidad cuya convivencia no siempre es armónica; y *organizar el Estado*, con el desarrollo de instituciones destinadas a ocupar espacios antes patrimonio de la sociedad y/o de las provincias, y regular también aspectos del mundo privado.

En el capítulo: "Los grupos dominantes entre la legitimidad y el control", M. Bonaudo y E. Sonzogni se proponen reconstruir la lógica política que animaba a las elites durante el período. "El ejercicio intelectual de pensar al soberano se enfrentaba a la urgencia de las elites por resolver... qué estrategias eran más eficaces para suprimir los *particularismos* que las separaban y redefinir el problema de la hegemonía política. Pero ésta no fue la única cuestión..., comenzaba a adquirir peso el problema de qué papel habrían de otorgarle a aquél para no poner en riesgo su control del orden social". Elementos más tradicionales como las redes parentales (vinculadas con la jerarquía social) convivían con otras estrategias de las clases subalternas (relacionadas con la experiencia laboral, el asociacionismo, el acceso a la escuela, las movilizaciones...) que irán diseñando una identidad ciudadana. Entre ambos dispositivos se detectan mediaciones varias que condicionaban la práctica electoral mellando el peligro de la soberanía del número. En ese contexto es interesante la dinámica que van adquiriendo los clubes facciosos y partidos políticos, en los que mecanismos tradicionales de control convivirán con una lógica más democrática que irá subordinándose a los primeros sobre todo en coyunturas electorales. En esta dinámica, se disociaron los momentos de discusión de los de convalidación de candidaturas, siendo los actores diferentes: los miembros de la elite monopolizaban los primeros y los sectores subalternos encarnaban a los segundos.

A. Lettieri nos introduce al proceso marcado por el pasaje "De la *República de la Opinión* a la *República de las Instituciones*". En la primera, "el nuevo diarismo surgido en Buenos Aires después de Caseros denunciaba a las claras que las nuevas reglas de juego vigentes en la Atenas del Plata diferían sensiblemente de esa *República posible* prescrita por Alberdi..., en la cual la primacía incuestionada del Ejecutivo vaciaba de contenido al poder deliberativo y limitaba así severamente el ejercicio de los derechos políticos". La Buenos Aires separada de la Confederación de la década del 50, será escenario de un periodismo de combate que mientras constituye una opinión pública como fuente de legitimidad, favorece la redefinición de las lealtades políticas. A fines de los años 60, la República de las Instituciones comienza a desplazar a la anterior acallando la vorágine que la caracterizaba, consolidándose a la par del orden estatal en 1880 como para ocupar el lugar que en el diseño alberdiano tenía la República verdadera.

H. Sábato por su parte, en "La vida pública en Buenos Aires", recorta su tema de análisis sobre la esfera pública que se construye a la par del proceso de consolidación del

Estado y crecimiento de la sociedad civil. En esa esfera pública, podemos encontrar dos instancias de mediación entre la sociedad civil y el Estado: la prensa escrita y las asociaciones voluntarias. La primera, instrumento fundamental para todos aquellos que quisieran ocupar un lugar en la vida política; las otras eran manifestación, pero también impulso, de distintos lazos (generalmente étnicos y/o laborales) y aspiraban a satisfacer nuevas necesidades surgidas a partir de los innegables cambios sociales y económicos que se iban cristalizando al ritmo del progreso. Bajo la ola de asociacionismo que caracterizó a la ciudad, las sociedades de ayuda mutua y las de oficio serán las más comunes. En ambas, si bien pueden detectarse reglas de juego democráticas, la dirección terminaba en manos de sectores que se definirán como dirigencia. Las mediaciones mencionadas se vinculan con una creciente cultura de la movilización, articulada alrededor de conmemoraciones, celebraciones o protestas ante el Estado y, por último, por cuestiones centralmente proselitistas. Los participantes de los actos y manifestaciones cívicas estaban ordenados (diferenciándose de los rasgos tumultuosos que tenían las actividades electorales) por sus instituciones de pertenencia y bajo la conducción de sus respectivas dirigencias.

Otro ángulo de análisis es el elegido por G. Silvestri en "El imaginario paisajístico en el litoral y el sur argentinos". La importancia del tema radica, precisamente, en que "las formas de habitar constituían un tema central en el período, ... porque en ellas se figuraba el núcleo tanto de los proyectos futuros como de las persistencias del pasado". Así, la autora nos conduce a las interpelaciones que, desde el mundo letrado y científico, se hicieron del paisaje y territorio que el Estado argentino consideraba como propios. Las imágenes construidas eran la base para ciertos balances y prospectivas, que iban desde un desierto en la vasta llanura pampeana hasta un jardín propio del mito agrario jeffersoniano, y eran acompañados por distintos intérpretes: el indio, el gaucho, el inmigrante. Más allá de las diferentes estrategias adoptadas frente al desierto, el punto común radicaba en la necesidad de conocerlo; y hacia este objetivo se dirigieron todos los recursos de la ciencia (instalada en el paradigma de normalidad del positivismo), pero también los de la técnica y la guerra, que no sólo detenían su mirada sobre lo natural sino también sobre los sujetos allí residentes. La mirada naturalista, hegemónica a partir de los años 70, se ve complementada por el nacimiento de colecciones de objetos y rarezas naturales que irán generando el tráfico de objetos preciosos para la ciencia, y el nacimiento de las primeras exposiciones que muestran otra cara de la Argentina: una Arcadia incontaminada, que con la instalación de los parques nacionales se convertirá en zona de reglamentación y cuidado estatal. Junto a esa imagen, otra no menos importante: la del jardín, que con sus pequeñas parcelas cultivadas por la mano europea y la tecnología apenas disimulaba lo que tenía de apuesta política. Una imagen de antigua significación, como la de la ciudad, irá modificándose en este período, a la par de una percepción señalada por la autora: el progreso material de las ciudades no ha garantizado para los contemporáneos "la formación de las virtudes cívicas que tan insistentemente perseguía la tradición política liberal". Buenos Aires y Rosario instalan así en el debate la separación entre civilización y cultura como rasgo de la ciudad del progreso. Para el caso porteño, el modelo metropolitano que termina por imponerse y las transformaciones sociales que acompañan el crecimiento urbano, generan las condiciones de posibilidad para la avanzada de los sectores higienistas, aunque los arquitectos serán más permeables que los propietarios a los postulados del higienismo.

En su capítulo "Un mundo rural en cambio", B. Zeberio analiza la expansión de la frontera productiva sobre el espacio pampeano. La expansión básicamente militar que se efectuó desde los años 60, trajo como primer efecto la ruptura del mundo de frontera por el

que circulaban indígenas y blancos en un clima de intercambios comerciales aunque también de creciente militarización. Este elemento inicial será acompañado por un régimen jurídico liberal que, protegiendo la propiedad privada, hace factibles programas de inmigración y colonización bajo contralor del Estado, aunque ejecutados mayoritariamente por agentes privados. En las tierras fiscales de los territorios nacionales, si bien se deseó la mensura y venta, finalmente en la mayoría de los casos las empresas hicieron negocio con grandes propietarios preexistentes. Esto no impidió que otros actores pudieran acceder a la tierra como pequeños y medianos propietarios, concretamente productores y ocupantes de tierras fiscales, de origen inmigrante, ubicados en los bordes de la frontera. Por otra parte, los ciclos productivos incorporarán otras características en las tierras pampeanas al ritmo complementario de la ganadería y la agricultura, pero también nuevas formas de explotación y ocupación del suelo. Tenemos así no sólo a los empresarios rurales sino también arrendatarios, subarrendatarios, aparceros, pastores y trabajadores asalariados estables y estacionales, separados entre sí por fronteras laxas. A su vez, las modificaciones mencionadas guardan diferentes ritmos según el área del mundo pampeano (Santa Fe, Entre Ríos, Buenos Aires) que se analice.

D. Campi y R. Richard Jorba, en "Las producciones regionales extrapampeanas", nos señalan las innovaciones que desde mediados del siglo XIX se van produciendo todavía al ritmo de la vinculación con los mercados externos antes que con el mercado nacional en proceso de definición. Especialmente Mendoza y San Juan tuvieron fuertes nexos económicos con Chile, sobre todo a partir de la producción ganadera, por lo menos hasta mediados de los años 70 en que se produce una inclinación —crisis mediante— hacia la agroindustria vitivinícola. Diferente es el caso de Tucumán que tenía múltiples lazos comerciales con otras provincias (especialmente las del litoral) y mercados limítrofes, a partir de producciones manufactureras de base agrícola-ganadera. El caso de Salta es más parecido al de Mendoza dada la importante relación con el Pacífico y Bolivia a partir de la producción ganadera. Interesante resulta la indagación sobre los protagonistas de las actividades mercantiles y productivas. Estos agentes "estaban insertos en redes sociales y económicas muy antiguas, manifiestas en los circuitos comerciales forjados en la Colonia y en la complementariedad de los espacios involucrados, lo que aseguraba los mercados". Diferentes grados de subordinación se encuentran en cada caso aunque es notable el protagonismo de los sectores mercantiles (algunos de origen chileno), como el caso de los comerciantes integrados de Mendoza y Tucumán, que poseían intereses multifacéticos acompañados por una visión empresarial de las oportunidades y por su inserción en la elite que detentaba el poder político. En el caso de Tucumán, este proceso será impulsado por cambios en la producción y el promisorio auge azucarero, que aceleró el tendido de la red ferroviaria junto a un accionar estatal favorecedor de la libre importación de maquinaria para la nueva actividad, y el arribo de inversionistas extrarregionales y extranjeros. Para el caso de Mendoza, el desarrollo agrícola pampeano y el ferrocarril provocaron una crisis en su producción ganadera que llevó a una necesaria reformulación de la economía provinciana. A partir de estos nuevos emprendimientos productivos el segmento más concentrado de las clases propietarias —los comerciantes integrados— se convertirá en una fuerte burguesía agroindustrial.

En "Las burguesías regionales", S. Fernández, A. Pons y O. Videla nos señalan que durante el período en estudio se consolidó la dirección del proceso de fortalecimiento de un orden burgués, en el que se reestructuraron las burguesías locales a partir de nuevas alianzas construidas sobre la base de lazos familiares y de sociedades económicas de crecien-

te complejidad (colectiva familiar, en comandita simple y anónima), que "significaron la base expansiva tanto de la acumulación económica como de la generación de capital social suficiente para configurar un grupo de poder". Distintas oportunidades permitieron poner en práctica esta alianza de intereses, sobre todo los negocios nacionales, concretamente el ferrocarril (como el Central Argentino), pero también, la creación de bancos privados y provinciales, empresas colonizadoras, compañías de tierras o inversiones agroindustriales, como el caso tucumano. Este conjunto de oportunidades en una economía expansiva llamó la atención de la mirada financiera de grupos extranjeros. Los negocios urbanos se cristalizaban en general en ejes comerciales y financieros con distintos grados de complejidad en su interior, que no necesariamente involucraban a actores diferentes quienes, simultáneamente, se iban organizando en corporaciones que ordenaban los intereses de los grupos dominantes. La inversión en bienes inmuebles urbanos y rurales iba acompañada por la participación en el negocio de los servicios públicos, evidenciando que en esa etapa formativa "... espacio público y privado se encontraban en una articulación estrecha".

El capítulo que R. Falcón dedica a "Los trabajadores y el mundo del trabajo", se centra en los escenarios de las ciudades de Buenos Aires, Rosario y Córdoba. En estos núcleos urbanos, será a partir de una capa de trabajadores urbanos, artesanos y asalariados, fundamentalmente extranjeros, que comenzará la formación de las primeras organizaciones autónomas obreras, de carácter mutualista y estructurada por oficios. El origen de la mano de obra será en general del sudeste europeo e integrada mayoritariamente por varones adultos campesinos y jornaleros sin oficio, es decir, provenientes de la zona de más tardía transformación capitalista, y provocará un fuerte impacto sobre una sociedad receptora en la que las clases se estaban constituyendo. Por lo anterior, la movilidad social será un dato permanente en sentido vertical y horizontal; así la posesión de las herramientas, por ejemplo, agilizaba la inserción en el mercado laboral y aseguraba la movilidad. Otro aspecto lo constituía la vinculación entre grupo étnico y categoría socio-profesional. El paradigma desde el cual se organizan muchas sociedades mutuales (cuyos roles dirigentes se concentraban en una parte de la elite de cada colectividad) será el etnolingüístico. "La persistencia de una identidad entre connacionales de distintas procedencias sociales retardaba la fusión de los trabajadores de todos los colores en una clase proletaria"; y en este sentido, el surgimiento de asociaciones mutuales por oficio implicaba una ruptura y, según cada caso, terminarán convirtiéndose en sociedades de resistencia. Este fenómeno fue paralelo a la definición de una literatura vinculada a la "república social", en la que tuvieron importante participación los tipógrafos, que se definían por entonces como una elite gremial. En este escenario mutualista y tendencialmente reformista será, desde el lado de la contestación, dificultosa la vinculación con los internacionalistas; mientras desde el lugar de la elite (sobre todo la rosarina, testigo del caos provocado por el crecimiento) se introducirán mecanismos de disciplinamiento que, en respuesta a la preocupación por el orden social, apuntaron a diferentes aspectos: el urbanístico (erradicación de los ranchos), el ocio (juego y diversión) y el laboral.

En "La cultura: público, autores y editores", A. Eujanián describe la fuerte relación existente entre alfabetización, escolarización y difusión de la lectura; que tendrá para la elite el carácter de instancia de reproducción del orden social. El fenómeno creciente de la lectura puede observarse en el aumento del número de imprentas (vinculadas al Estado por la publicación de Boletines Oficiales) y librerías (mayoritariamente regenteadas por extranjeros). Las librerías se convirtieron en ocasiones "en lugares propicios para las tertulias en un ambiente cultural particularmente dispuesto a la sociabilidad y el intercambio intelectual".

tual" entre lo más selecto de la elite. Estos ámbitos de sociabilidad requerían de los participantes algunas prácticas indispensables para manejarse en su interior; similar situación se presentaba en las bibliotecas en las que el aumento de volúmenes obligaba a recurrir a ciertos saberes para poder sentirse cómodo en ellas. Las bibliotecas eran privadas, hasta los años 70, momento de aparición de las bibliotecas populares. En éstas, había un lugar incluso para quienes, desconociendo el código de la lectura, podían oír leer: "el desconocimiento del alfabeto no constituía un límite fatal para formar parte del público". Ámbito interesante lo constituyen las imprentas en las que los artesanos, pese a la introducción de las máquinas a vapor, continúan usando máquinas manuales que generaban, según los involucrados, un trabajo de mayor calidad. Hacia fines del período, algunos de los librerías se convertirán en editores, pero en general el propio autor financiaba la publicación por medio del aporte personal y suscripciones que involucraban a los miembros de su círculo. Rompiendo esta situación, el voceo callejero del diario irá instalando una nueva relación entre estas publicaciones y el campo de lectores en expansión. Serán los textos escolares los que cumplirán una importante función como instrumentos de integración en la dinámica del sistema educativo, mientras tanto el Estado destinará fondos para estos proyectos editoriales, no sin vinculación con el interés privado de editores profesionales. Finalmente, la conversión de la lectura en cuestión social encontrará en *La vuelta de Martín Fierro* a un público constituido no sólo por la elite sino también por sectores populares, que se constituyen en público de un gaucho no contestatario inserto en el orden capitalista.

Los nueve artículos reunidos en el volumen, nos ofrecen una multifacética mirada sobre el período, desde perspectivas no siempre tan novedosas pero que dialogan con los más recientes aportes de diferentes líneas de investigación. El tomo es también una muestra interesante de convivencia entre historiadores de distintas generaciones. En la coyuntura actual, la aparición de esta obra en general no puede ser más oportuna: para aquellos que han hecho de la historia parte de su actividad docente, frente a las necesidades que imponen los cambios del sistema educativo; y para el público en general, sin intereses profesionales en sus necesidades de conocer el pasado, y que seguramente los autores han tenido frente a ellos a la hora de definir las líneas principales de sus textos. Como reclamaba hace unos años Luis Alberto Romero a sus pares historiadores: "Para que nos escuchen debemos poder proponer algún tipo de *gran relato*: problemático, abierto, plural, contradictorio, pero capaz de ligar problemas del pasado con los del presente, capaz de justificar la utilidad de nuestro trabajo en la posibilidad de responder a las preguntas de la sociedad o, mejor, de ayudarla a plantearse las preguntas necesarias".<sup>(1)</sup>

Bernardo Carrizo

#### NOTA

(1) Luis A. Romero, "La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional", en: *Entre pasados*, N° 10, Buenos Aires, comienzos de 1996.

***Charles de Remusat. Certitudes et impasses du libéralisme doctrinaire*; de Darío Roldán, Paris, Éditions de l'Harmattan, 1999. (Incluye Prefacio de Pierre Rosanvallon)**

La reciente aparición de *Charles de Remusat*, cuya autoría corresponde a D. Roldán, investigador del Conicet y docente universitario, señala un acontecimiento poco frecuente entre la producción de los historiadores argentinos: haberse sumergido en profundidad en un proceso histórico desarrollado en un área geográfica alejada de nuestras fronteras. Esta obra, que vuelve la atención del gran público y de los lectores especializados a la figura de Ch. de Remusat, es el resultado de varios años de trabajo de Roldán en Francia, que culminaron en su tesis doctoral en la E.H.E.S.S. y que ahora están contenidos en el presente volumen.

Señalamos esto, en principio, porque Roldán ha corrido los enormes riesgos que implica la travesía por una cultura histórica distinta, y que además se caracteriza por la riqueza de perspectivas y enfoques, como es la institución historiográfica francesa. También a ello se le debe sumar la complejidad del período en estudio y su actual puesta en valor por un nuevo tipo de historia política que parece hoy más capaz que antes de apreciar la hondura de las vicisitudes de la constitución de la modernidad política a lo largo del siglo XIX. Dedicado a F. Furet (quien fuera director de la tesis de Roldán) y prologado por P. Rosanvallon, el texto también deja claro el auténtico diálogo intelectual que su autor ha sido capaz de mantener con la ya mencionada nueva historiografía política.

El horizonte de constitución de esta historiografía es precisamente señalado por Roldán al comienzo de su trabajo: "Nada menos banal en las democracias contemporáneas a fines del siglo XX, que la confluencia exitosa y armónica de la tradición liberal de la defensa de los derechos individuales y de la tradición democrática de participación en la vida de la Ciudad".

Pensar el siglo XIX, exige entonces en primer lugar comprender la profundidad de la confrontación entre estas dos tradiciones, la de la democracia y la del liberalismo, para luego poder apreciar el proceso histórico por el que lenta y conflictivamente se fueron articulando. En la comprensión de este trabajo histórico de larga duración se inscribe el estudio de Charles de Remusat, de quien Rosanvallon señala, que se trataba de la última gran figura liberal del siglo XIX francés sobre el que se hacía notar la falta de un trabajo histórico sistemático, en razón de que su obra consistió principalmente en artículos periodísticos y su influencia como escritor, aunque notable, no logró condensarse en una gran obra.

Sabemos entonces que Roldán debió enfrentarse a una larga tarea de recolección de materiales, éditos e inéditos, entre los que se incluyó también la comparación entre los textos publicados y sus versiones manuscritas, en archivos situados tanto en París como en otras regiones de Francia, especialmente Toulouse. Este exhaustivo proceso heurístico tuvo como objetivo reconstruir el pensamiento y la acción de un individuo que tuvo actividad pública entre 1818 y 1873, en los que se desempeñó por diversos momentos en el gobierno, una veintena de años en el Parlamento, y una riquísima vida académica, aunque nunca en la primera fila. La primera parte del trabajo de Roldán nos ofrece un panorama más o menos sucinto de lo que podríamos llamar biografía de Remusat. No obstante, como siempre en el texto, el privilegio será aquí también del análisis sobre la narración.

Este énfasis analítico en el proceso de reconstrucción histórica, tanto del desarrollo intelectual de Remusat, como de la dirigencia política de la sociedad francesa de su época va a ser todavía mejor expuesto en la segunda y tercera parte de este extenso trabajo, con los

títulos de "Certidumbres" y "Reconstrucciones". En la sección destinada a las certidumbres se exponen las principales convicciones del pensamiento doctrinario, por supuesto enfatizando en las perspectivas del propio Remusat que acuña en primer término el concepto de "democracia móvil". Para Remusat la constatación universal es que la Francia de su tiempo "respira igualdad", tanto por sus costumbres como por su composición, borrando todas las diferencias y clasificaciones. Deviene en consecuencia "una democracia móvil que escapa a todos los esfuerzos ensayados para comprimirla". Esta certidumbre sobre la sociedad impone descubrir los instrumentos de su gobierno; la reflexión de Remusat acerca de las instituciones de la Carta de 1814 es especialmente rica en cuanto a la representación parlamentaria. A diferencia de Guizot, Remusat es menos consecuente con la "soberanía de la razón" que como bien señala Roldán es en último término contradictoria con la estrategia de la ampliación del sufragio —que propende Remusat—, así como es original su posición acerca del papel del debate en el juego de la institución de la sociedad y su poder. "En el sistema representativo el poder no es sino la opinión, convertida en activa y personificada. Y la opinión no es sino la sentencia pronunciada por la mayoría sobre las afirmaciones de los individuos. ¿Cómo formar opinión sino a través del debate libre?". Sin éste debería renunciarse al gobierno representativo.

La sección "Reconstrucciones" nos lleva de inmediato a otra temporalidad y espacio. Londres, en el invierno de 1852. Allí transcurren los días de Remusat y el pensador además de estar conmovido por el indetenible movimiento de Francia que ahora la ha llevado al Imperio, sufre la tragedia personal del exilio. ¿Cómo interviene sobre sus reflexiones esta experiencia?

Roldán se concentra en cómo aprecia Remusat a esa Inglaterra que además había sido el país constantemente observado por el pensamiento francés sobre la sociedad y la política desde hacía más de un siglo. Remusat comprende que las diferencias entre Francia e Inglaterra —sostiene Roldán— podían apreciarse en la descentralización, la administración, la libertad de prensa o las prerrogativas reales. "Pero todos estos aspectos, tienen algo en común: pueden ser modificados a voluntad pues son objetos de legislación. En cambio, la historia, la aristocracia y la religión escapan completamente al legislador". La interesante reflexión de Remusat en consecuencia se centra en estos aspectos, cuyo detalle dejamos al lector. A continuación del capítulo relativo a la caída del Segundo Imperio, que Remusat interpreta como la encarnación del despotismo democrático, Roldán termina por presentarnos la revisita de Remusat al gobierno representativo. Inventario amargo de obstáculos conceptuales y de dificultades insuperables, la teoría doctrinaria del gobierno representativo debe ser fuertemente modificada para dar paso a la noción de "gobierno parlamentario". Desprovista de la concepción de "soberanía de la razón", de la concepción doctrinaria de la representación y de la adhesión a una forma de interpenetración entre el Estado y la sociedad, las nociones de "gobierno representativo" que Remusat expone durante el Segundo Imperio devienen por lo esencial de un "gobierno parlamentario". Parece que ése ha sido el precio para que Remusat pudiera avizorar un futuro para un "gobierno representativo" que ha hecho la paz con la "soberanía popular".

Completado el volumen por un anexo que componen el inventario de las obras del autor y la bibliografía sobre el mismo, Roldán ha sido capaz de visitar a Remusat, poniéndolo en debate con sus contemporáneos, pero también poniéndolo en debate con nosotros mismos. Podríamos creer que "las insuperables dificultades del gobierno representativo" son cosas que quedaron atrás, en el pensamiento de una sociedad que en última instancia sentía repugnancia por la igualdad. No obstante podemos ver también en el

detalle de las cosas vividas por Remusat y compuestas por Roldán, elevarse un sinnúmero de cuestiones que nos son familiares, y que para decirlo de algún modo, constantemente interpelan nuestra lectura. La revisita de Remusat que construyó Roldán, además de un aporte erudito cuyo esfuerzo impone admiración, es también un modo de llamar la atención sobre el indetenible ejercicio de reflexión acerca de la organización de la sociedad, su modo de representación, la constitución del poder y, especialmente, el papel de los intelectuales en este continuo trabajo. En una Argentina que parece no necesitar intelectuales, el libro de Roldán sería una buena advertencia. Esperamos su pronta traducción.

**Eduardo Hourcade**